

3-4-1977

## Interview no. 428

Ygnacia Delgado

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

---

### Recommended Citation

Interview with Ygnacia Delgado by Oscar J. Martinez, 1977, "Interview no. 428," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

INSTITUTE OF ORAL HISTORY

INTERVIEWEE: Ygnacia Delgado (1889-1983)  
INTERVIEWER: Oscar J. Martínez  
PROJECT: \_\_\_\_\_  
DATE OF INTERVIEW: 4 de marzo y 3 de julio, 1977  
TERMS OF USE: Sin restricción  
  
TAPE NO.: 428  
TRANSCRIPT NO.: 428  
TRANSCRIBER: \_\_\_\_\_  
DATE TRANSCRIBED: \_\_\_\_\_

BIOGRAPHICAL SYNOPSIS OF INTERVIEWEE:

Nació en Cusihiuriachic, Chihuahua, el 22 de enero de 1889; estudió en México antes de la Revolución Mexicana; su familia vino a Estados Unidos durante la Revolución como refugiados; dependiente en la tienda La Popular en El Paso por 45 años.

SUMMARY OF INTERVIEW:

Datos biográficos; los minerales de Cusihiuriachic; la entrevista Díaz-Taft en El Paso en 1909; las experiencias de su familia durante la Revolución Mexicana y su vida como refugiados en El Paso; la época de la Ley Seca, la Depresión, y la persecución religiosa en México.

\*\*Hay incluido una historia de la familia Delgado escrito por la Srita. Delgado.

Length of Interview: 2 horas Length of Transcript: 51 páginas

Ygnacia Delgado  
por Oscar Martínez  
4 de marzo y 3 de julio de 1977

M: Señorita Delgado, primeramente dígame cuando nació y dónde.

D: Nací en Cusihuiriachic, en el estado de Chihuahua. Cusihuiriachic pertenece al Distrito Benito Juárez. Es la cabecera del Distrito Benito Juárez el pueblo ese, que fue un mineral muy rico. Nací en 1889, el 22 de enero. Y pues allí me crié por larga temporada. Yo me acuerdo cuando ya tendría unos dos años que había en la ciudad de Chihuahua (no había, sino que yo creo la hay todavía) un templo de Santa Rita. Allí tenían todos los años en mayo una especie de feria o fiestas, dedicadas en memoria de la santa que se veneraba allí, ¿verdad? Mi papá y mi mamá iban a tomar parte en las fiestas, y generalmente me llevaban a mí, que estaba muy chiquita. Y aún me pusieron en una ocasión a jugar en una ruleta y me gané dos pesos en esa edad. Ya con ese motivo ellos se retiraron a la casa porque ya era tarde, y celebraron la cuestión, ¿verdad?, la suerte que había tenido de tener una ganancia.

Ya desde esa época para acá, me acuerdo yo que nos fuimos a Cusihuiriachic. No me acuerdo cómo estuvo allí la cosa, estaba muy chiquita. Y se fue mi papá a radicar en Cusihuiriachic. El era abogado y era minero a la vez, porque Cusihuiriachic fue un mineral muy rico; tenía minas de plata por mayor. Y nos fuimos a vivir a Cusihuiriachic en donde vivía mi abuelo, Ignacio Delgado y Manquero. Ese era vuido y se había vuelto a casar. Su esposa primera se llamó Ignacia Barragán, y era una señora muy culta. Ella tenía el don de la palabra, podía hablar a cualquier hora. Como la ocasión se prestara, siempre la invitaban. Y en aquella ocasión era notable, porque Ud. sabe que en ese tiempo no recibían las jóvenes la ilustración que ahora en colegios y universidades. Así es que era algo de llamar la atención. Ella era bajita de estatura (según me cuentan,

yo no la conocí), rubia, de ojos muy azules. Y nos cuentan que había un huerto muy grande donde se sembraba trigo, y que a ella le encantaba salir en las mañanas a versificar por sí sola, y a pasearse por los trigales aquellos. Y que su cabecita era tan rubia que se confundía con las espigas del trigo y que hasta batallaban para encontrarla.

Y mi abuelo, pues él era minero de allí del pueblo. Todos somos oriundos de allí de Cusihiuriachic. Y él se dedicaba a sus minas. Generalmente iba a las minas, traía metales, los fundía allí en la casa. Allí se molían, los quebraban. Había un cuarto muy grande que denominaban "las taunas." El objeto de aquello era poner allí las piedras de metales que traían de las minas. [Tenían] dos animales, o sea, dos caballos, en una especie de vigas atravezadas, dos vigas atravezadas. Un caballo lo ponían de un lado, otro del otro, y luego tenían una especie de recipiente como si fuera una fuente, pero grande, donde todo el día daban vueltas y vueltas aquellos caballos hasta que reducían los metales a polvo. Una vez que los reducían al polvo, empezaban tanto mi padre como mi abuelo a ver qué tenían aquellos metales, si era oro, o si era plata. Y los examinaban, los separaban. Después ya que decidían los que eran generalmente plata--porque era lo que más se recogía de aquellas minas de Cusihiuriachic, tenían mucha plata--ya se dedicaban ellos a hacer las revolturas con óxido de zinc y, bueno, yo no recuerdo los nombres de esas preparaciones mineras. Pero sí me acuerdo cómo los arreglaban más o menos, cómo los metían a los hornos donde tenían arreglado de cierto modo a que el fuego en aquellos hornos fuera al grado más alto, ¿verdad? Era una especie de sala como esto, tenía una pared como esta de aquí. Atrás había una especie de abanico inmenso que le llamaban el barquín. Y en ese barquín estaba todo un día un hombre moviéndolo y moviéndolo, es decir, soplando, para que

los hornos tuvieran un fuego, pues, del más alto grado cuento iban a fundir la plata. Luego, mi padre nos levantaba en la noche a una de mis hermanitas y a mí, a que fuéramos a ver salir la plata. Se veía precioso, porque ponen una especie de tarros, como de barro. Eso sí no le sé explicar.

El caso es que erandos tarros. Cuando ya el fuego estaba ardiente, empezaba a salir la plata por uno de aquellos recipientes. No eran como ollas, era así plano, como una charola de barro muy grande, naturalmente. Y de un lado salía la plata, y del otro lado salía el mercurio. ¡Tan precioso! Me acuerdo de eso. Me desvié de la cuestión, ¿verdad?

M: No. Está bien, está bien. Eso es muy interesante.

D: Pues ya que salían los pejos como del tamaño de un plato grande de servir en la mesa--precioso se veía--ya de allí quitaban todo aquel aparato y recogían la grasa. La grasa es como esa que tienen en esmelter\*, esa especie de lomitas de metal que parece metal negro, que es la ceniza que dejan los hornos, que le llaman grasa, porque se queda como si fueran pedazos de carbón. Yo no sé si lo podrán utilizar eso en los servicios de la casa o algo. Eso sí no sé; yo creo que no, porque aquí en la esmelter no lo usan.

M: Parece que no.

D: Y allí se ve...le decíamos nosotros el grasero. Y cuando llovía en la noche, era una cosa muy curiosa. Una hermanita mía que se llama Elodia, que es la que sigue de mí, decía ella:

--Oye, vamos a ver las brujitas.

--Andale, sí, vamos a ver las brujitas.

Cusihiuriachic es un pueblo que entra Ud. del oeste al este, como esta calle. De este lado, del lado al entrar en Cusihiuriachic, del lado derecho, quedan las peñas azul marino. Todos son unas sierras muy altas, muy grandes. Y hay una que es la más grande que le dicen La Bufo. Es una

\*La fundición de ASARCO en El Paso, Texas. (Smelter en inglés.)

montaña, un peñon inmenso, que no tiene casi nada, o nada, de vegetación. Y al pie de esa montaña están las minas grandes que se llaman San Antonio y Santa Marina, las cuales corría compañías muy grandes. En aquel tiempo las corrían la compañía de los señores...un Sr. Miller era el Superintendente de esas minas. Y los señores estos...pero que se me haya olvidado.

M: No tenga cuidado por el nombre; quizás lo recuerde después.

D: El caso es que estaban las minas al pie de esa sierra inmensa, que es una cordillera que corre hasta el este de Cusihiuriachic, que va a dar a un lugar que le dicen El Real de Abajo. Y allí tenían instalada una maquinaria muy grande para revisar los metales. Y por arriba de la sierra corría un trenecito de vía angosta que llevaba los metales de las minas grandes a la máquina inglesa; así le decían. De allí los mandaban todos a Chihuahua, y de Chihuahua probablemente por acá. Mandaban la plata, la recepción de plata, en grandísima escala, riquísimas que eran. Luego vino una mala temporada en que empezaron a quitar mineros, de los cuales había...20,000 mineros eran los que trabajaban en esas minas.

M: ¿Veinte mil allí en el pueblo?

D: Veinte mil mineros. Y Hoffman se apellidaba el señor. Los señores grandes que figuraban en la compañía eran el Sr. Hoffman, Miller; y de los otros, no que no me acuerde sino que yo creo que ni sé, era yo muy chiquita entonces.

Y vivimos allí. Mi abuelo...parece que nosotros venimos de españoles (porque el apellido Delgado viene de las costas cantábricas de España, de Santander, Barcelona, Oviedo), y que se vinieron a México esos Delgado de por allí, y se repartieron en distintos lugares de la nación nuestra, de México. Y nosotros no sabemos a qué línea pertenecemos. Pero mi abuelo era hijo de un señor, Don Neponuceno Delgado, casado con Doña Anacleto

Manquero. Y mi abuelo era hijo de ellos. Eran varios hermanos esos Delgado, de los cuales había una tía Herlinda, casada con el General Castro, que fue él que redujo a los Tomochis en la Sierra Tarahumara, el señor ese Castro. Empezó él desde soldado, y llegó a ser general. Y se casó con una prima hermana de mi papá, hija de un señor Jesús Delgado, que era el hijo mayor de Don Neponuceno y Doña Anacleto, Neponuceno Delgado y Anacleto Manquero. Los hijos eran mi tío Jesús (el mayor), mi tío Cruz, mi tío Francisco, mi tío Antonio, mi abuelo, Emeteria (que era nuestra tía abuela), y una que murió que se llamó Beatriz.

Y ellos cazaban osos. Hay un lugar que se llama Coyachic, y allí vivían mi tío Joaquín Delgado, primo de mi abuelo, y Fermín Anchondo, primos todos de mi abuelo, relacionados todos por la familia Delgado. Y ellos también eran mineros, pero vivían en el campo y mataban osos. Me acuerdo que en Coyachic hay una casa muy grande. Tiene hasta iglesia ese pueblo. Y hay una casa muy grande que pertenecía a estos señores Delgado. Y había una sala así como ésta donde ponían las pieles de los osos. Le quitaban la piel a los osos, las mandaban curtir, y los dejaban con sus ojos y las manos con sus uñas. Se veían de mucho valor y muy bonitas; ¡inmensas!, como alfombras. En la sala grande ocupaban dos alfombras de esas, una tendida acá y la otra tendida allá. Y se veían tan bonitas, sus cueros tan finos. Daba gusto verlos. Y mi abuelo era muy amante también de cazar. Estoy reborujándole mucho, ¿verdad que sí? (Risita)

M: No, está bien, está muy bien como va. Está muy interesante.

D: Mi abuelo nos platicaba, porque él ayudó a que subiera Porfirio Díaz a la /presidencia/.

M: ¿Su abuelo ayudó?

D: El andaba con muchos otros, con Don Luis Terrazas y algunos otros de la

época aquella en que peleaban en contra de Lerdo de Tejada, para que subiera Don Porfirio Díaz a la presidencia.

M: ¿Cómo ayudó su abuelo?

D: Pues, peleando, ¿verdad?, porque él era comandante de las fuerzas que tenían en la Sierra Tarahumara. Y mi abuelo era uno de los comandantes. Ellos estaban bajo las órdenes de Don Luis Terrazas cuando quisieron subir a Don Porfirio Díaz al poder y ganarle a Lerdo de Tejada. Y me acuerdo que me platicaba mi papá que se escondían en las cuevas. Hay en Cusiuhiriachic unas sierras /donde/ hay muchas cuevas por allí. Y me platicaba mi papá que lo mandaban a él a llevarles comida, los que estaban escondidos en las cuevas aquellas, y les llevaban ellos en una especie de aparato que le llamaban loncheras. Tenía abajo algo de lumbre, luego arriba unas casuelitas con distintas clases de comida para que tuvieran variedad. Y mi papá, que era muy chiquito, decía que usaba los caballos de la casa para ir a llevar la comida. Y que le decía mi abuelo:

--Pero hijo, pues si Ud. no sabe ni lo que anda haciendo.

Porque escogía caballos blancos siempre. Le decía:

--No escoja caballo blanco. Mire, que ese es un magnífico al tiro.

Dondequiera que lo vean, le tiran y adiós muchacho. Así es que escoja un caballo retinto o bien oscuro cuando nos traiga la comida.

Y dice que le decía mi papá:

--Sí, papá. Pero yo, cuando voy corriendo, yo no voy arriba de la silla. Yo me bajo de la silla, y de allí voy llevando el caballo retebién, y ni me caigo.

Bueno, pues, el caso es que él les daba servicio.

Los hermanos de mi papá, hijos de mi abuelo, eran mi tío Ladislado Delgado, que trabajó muchos años en el Banco Minero de Chihuahua; luego era mi papá, que ya le digo, él era abogado y minero a la vez. Y luego



era mi tía Concepción, que se casó con un señor, Don Miguel Prado, que tuvo muchos puestos altos en Chihuahua, especialmente durante la Revolución. Y en seguida eran mi tía Aurelia y mi tío David, todos hermanos de mi papá y hijos de mi abuelo. Y de mi tío Jesús Delgado, el hijo mayor de Neponuceno Delgado y Doña Anacleta Manquero, él tuvo hijos: a mi tío Jesús, mi tío Baudelio, y mi tía Herlinda, la que se casó con el General Castro. ¿Ud. quiere que se los enumere? ¿No le hace? Toma mucho tiempo. (Risa)

M: Pues, como guste.

D: Pues era la familia toda esa de mi bisabuelo.

M: ¿Ud. fue a la escuela allí en ese pueblo?

D: En Cusihiuriachic fui.

M: ¿Qué recuerda Ud. de sus experiencias en la escuela?

D: En la escuela, era una señorita Marina Terrazas la que llevaba la escuela elemental de allí de Cusihiuriachic, ¿verdad? Estuve desde primer año. No, primero estuve en Guerrero. Guerrero es un pueblo que está al suroeste de Chihuahua, yo creo. Tiene allí un río muy hermoso que se llama El Papigochi. Precioso río, ancho. Y tan clara el agua, que puede Ud. ver hasta la piedritas más chiquitas del fondo del río. Una alameda preciosa. Y allí en ese pueblo vivía una prima hermana de mi mamá, casada con Don Urbano Seafres, que era el jefe político de allí de Guerrero. Con ese motivo, mi papá fue a dar a Guerrero. Primeramente, mi papá tuvo que ir a Jesús María Ocampo. O sea, hasta Pinos Altos, que ya es casi fontera con Sonora. Fue a arreglar una testamentería. Pero en aquellos tiempos no se viajaba como viajan ahora. Tenían que viajar a lomo de mula. Enseñaron a mi mamá a caminar en la mula para que pudiera ir con mi papá a Jesús María, que es otro mineral muy rico también de Chihuahua. Y enseñaron a mi mamá a caminar en mula, y a la hermanita que le digo que me

sigue de mí, y a mí, nos subieron en unas angarillas. No sabe lo que es eso, ¿verdad?

M: No.

D: Es una especie de canastones que los forran con frazadas o colchas y unas almohadas, [y] pueden ir dos. Las angarillas son esos dos canastones. Así es que este es el lomo de la mula, y lo atraviezan con una viga, ¿verdad?, o una vara muy gruesa. De este lado ponen un canastón de esos, y del otro, y pueden caminar dos criaturas, o dos muchachos, en esa forma. Y así nos llevaron. Y tenía mi papá un niño que se llamó Eduardo, que tenía dos meses de nacido. El caso es que mi mamá aprendió a caminar en aquella mula para que mi papá se fuera tranquilo y no dejarnos tan lejos acá en Chihuahua a la familia. Así es que salimos de Cusihiuriachic para Guerrero. En Cusihiuriachic enseñaron a mi mamá a viajar en esa mula, y a nosotras dos nos llevaban en esas angarillas. Y el hermano más chiquito se lo llevó un indio a pie, desde Guerrero hasta Jesús María, que queda por acá.

Pues, llegamos a ese pueblo, y muy feo. Unas montañas tan inmensas que parecía que estaba uno enterrado allí, según me acuerdo yo. Y las casas retEFEas, con unos arroyos. Y en ese lugar vivía una de las hermanas de mi papá, mi tía Chonita, casada con Don Miguel Prado, que él tenía la tienda de raya en ese lugar para los mineros de allí. Porque había muchos ingleses, americanos, españoles, en Jesús María, porque las minas allá son más ricas. Así que mi papá, cuando salimos de Guerrero, se agregó a la conducta de Don Joaquín Chávez. Era el señor que llevaba y traía la plata de la sierra, y llevaba arrieros y llevaba soldados, porque había mucho peligro en el camino. Podían salir bandoleros, como en efecto llegaron a salir, para robar la plata, ¿verdad?

Así es que me acuerdo yo que caminamos al lugar ese, y pues fueron

seguramente muchos días. Tendría yo seis años. Pero me acuerdo de esa caminata.

Me acuerdo que llegamos una tarde ya al anochecer a un lugar que se llama El Durazno. Allí pernoctó la conducta, todos. Vinieron los arrieros, levantaron unas cabañitas de lona, ¿verdad?, y pusieron catrecitos de campaña. Luego fueron y prendieron fogatas con unos pinos tan inmensos que no se veía el cielo. Me acuerdo tan bien como si fuera ahorita. Y llegamos allí; ya le digo, pusieron fogatas, hicieron...pues quién sabe cómo harían cena, si todo eso no me acuerdo yo. Pero ya a la hora de irnos a acostar, uno de los soldados vino y le dijo a mi papá que la carpa (así se llaman, carpas) estaba lista, la que llevaba mi papá. Mi papá llevaba lo suyo. Casi todos los viajeros llevaban sus carpas, sus catrecitos de campaña. Y en eso, me acuerdo que le dice mi mamá a mi papá:

--Mira quién viene allá.

Había una familia de Coyachic, que le digo, un señor Don Luis Delgado, que venía siendo el suegro ahorita de Avelino de la Torre, que es dentista. ¿Lo conoce?

M: No, no lo conozco.

D: ¿No? Y aquí vive. Está en el edificio ese que está junto al Hotel Dieu. Y su esposa es prima de nosotros. Y era un primo de mi papá que lo seguía a todas partes; él no se casaba todavía. Me acuerdo de ese detalle. El otro día que amenecimos, era una preciosidad, porque se veían aquellos pinos tan altos, y de allí salían pericos, guacamayas, de todos colores; se gritaban unos a otros. Y había flores preciosas. Era como en mayo, y había flores preciosos silvestres. Estaba cuajado de flores silvestres; precioso.

Pues llegamos, ya le digo, pero pernoctaron allí en ese lugar El Durazno, que yo creo que ya estaba cerca de Jesús María. Ocampo es el

nombre del Distrito, y el pueblo, ese mineral, se llamaba...se llama, aún existe todo eso, se llama Jesús María. Pues llegamos allí. Y como mi tío Miguel Prado (el cuñado de mi papá) vivía allí y tenía la tienda de raya, y sabía que mi papá iba con la familia, nos esperaban, y nos tenía hasta lugar donde recibir. El jefe político, como entonces los llamaban, era un señor Don Leonardo Siqueiros, a quien mi papá le cayó muy bien. Mi mamá, no le gustó mucho, porque las casas eran de madera, muy feas. Y cuando entramos a uno de los cuartos que era como una recámara, en una cama había una víbora enroscada sobre la cama. Mi mamá, al verla, sintió horror. Pero mis tíos le dijeron:

--No te asustes. Mira, aquí no hay gatos en este pueblo, y estos animales cazan ratones. Se llaman jumares, y no hacen absolutamente nada a la gente.

Pues mi mamá siempre estaba no muy agrada da de aquella cosa. Entonces el señor ese Siqueiros, a quien mi papá le simpatizó mucho, nos proporcionó otra vivienda mejor. Era un huerto, tenía árboles de naranja, muy grandes, muy bonitos; y estaban los árboles en flor, que les llaman nazar, con un olor, pero precioso. Pues allí se instaló mi papá, y allí nos dejó instalados para caminar él hasta Pinos Altos a donde tenía que ir a arreglar esa testamentería. Una vez que nos dejó allí, pues ya nos quedamos... se quedó allí mi mamá probablemente más tranquila. Y nos visitaban todos los parientes, y las personas que figuraban en primer línea allí en el pueblo también visitaban a mi mamá.

En eso volvió mi papá de su misión. Pero por allá le picó un mosco que le llaman baiburí o baiburín, algo así. Es un animalito que se mete entre la piel y la carne, y que produce las fiebres intermitentes. Pues mi papá vino bastante mal de su misión esa. Luego vino a dar a la cama y estuvo

ocho meses casi inválido; no podía moverse. Y allá para enterrar un muerto, tienen que subir a unas montañas altísimas. Tanto, que Rockefeller, que él anduvo por allí, decía que para qué ir a los Alpes, que hay allí unas montañas tan altas; porque en realidad lo son. Yo no sé si ahora habrán mejorado, ¿verdad?, ahora que hay más medios de transportación. Pero en aquél tiempo tenía que subir el muerto en su cajón, o sea, en su ataúd, con el sepulturero, que lo llevaban sobre el lomo en una mula el cadáver. Y el sepulturero iba con una pala y un azadón para enterrar al muerto. Pero nadie concurría, pues era imposible porque es altísima la montaña. Y arriba tenía altiplanicia donde podían hacer los sepulcros. Y mi papá se horrorizaba y le decía a mi tío Miguel:

--No, oye, yo no me quiero morir aquí. Cuando menos, sácame de aquí aunque me muera ahí\* en el camino, pero no que me entierren en esa montaña tan horrozoa.

Se le hizo a él horrible. Pues, ya tenía tanto tiempo delicado, que decidieron mi tío y las mismas personas que figuraban en el lugar, que deveras debía salir mi padre de allí con su familia. Ellos arreglaron todo el asunto, y salimos al fin. Cuando salimos de Jesús María, mi papá no podía ni subir a la mula solo, ni llevar las riendas de la mula, ni aún ponerse su sombrero. Pues ese señor Don Joaquín Chávez, que le decían el jefe de la conducta, fue él que más inició la salida de mi papá con la familia. Y cuando ya estuvo todo listo, subieron a mi papá en una mula con un mozo atrás, porque él no podía llevar las riendas. Y le dice Don Joaquín a mi papá:

--Mire, en la primera jornada me espera. Van a salir Uds. primero que nosotros.

Pues así fue. Nos decía mi papá que tan pronto como llegó a tierra más baja, al lugar

más amplio donde habían menos montañas, empezó por ponerse y quitarse el sombrero, y acabó por ir solo en su mula. Y no quiso que esperara a la conducta allí en el lugar, o sea, en la primera jornada, sino que siguieron hasta la segunda. Y decían que cuando llegó el Sr. Chávez con la conducta, con las tropas allí al lugar de la primera jornada, ya no encontró a mi papá y creyó, o que se habían perdido, o que se había muerto. Pues no, siguieron caminando, y en la segunda jornada ya lo encontró retealiviado. Así es que nomás salió de aquellas montañas que yo creo que no tenían deprimido y sus nervios estaban también deprimidos por aquellas alturas, aquel lugar tan montañoso. El caso es que ya seguimos muy bien.

Caminaron y caminaron días y noches, ya le digo, haciendo jornadas, tratando de evitar que los soldados y las fieras del campo los atacaran. Llegaron a un lugar en donde hay una cascada muy grande que se llama La Cascada de Basachiachic. Tiene 300 metros de altura, y la caída de agua es angosta. Pero me acuerdo, cae tan precioso, que parecía un velo de novia como caía. No sé a qué río caería. Y luego por detrás o en seguida hay una cueva muy grande, y los arrieros entran con hachones para quemar todas las sabandijas o animales que haya por allí para que pueda la gente pasar una noche, o un día, o una tempestad si allí los coge debajo de aquella cueva. Y esa cascada es preciosa. Lástima que no tenga aquí la fotografía; la tengo.

Y ya le digo, de allí ya seguimos para Guerrero. En Guerrero iba mi papá a hacerse cargo de los juzgados de allí de la ciudad. Y le vino a mi mamá otra niña, que aún vive. Vive en Santa Monica, California. Muy enferma, desde que nació hasta ahora. Ya tiene 77 años, y ha sido enferma desde que nació. La iban hasta enterrar viva allí en Guerrero. Nació ella allí cuando regresamos de la sierra. Allí vivimos. Ya le digo, mi tío Urbano era el jefe político, y su esposa, mi tía Andreíta Irigoyen era

prima hermana de mi mamá. Allí nació mi hermana Adelina, la tercera de nosotros, en Guerrero. La bautizó un señor, Don Miguel Enríquez y Manuelita Paredes, que eran dos señores de muy buena posición, y no tenían familia. Y ellos bautizaron a mi hermana. Pues le dio un bronquitis cuando tenía un año, terrible, y en uno de los ataques que tuvo, la declaró el doctor muerta. Tenía año y medio. Y ese señor, Don Miguel Enríquez, que era su padrino, no convenía en que la niña estuviera muerta. Decía mi papá /que/ llegó a la casa, se fue directamente a la cocina. A la señora que servía allí en la casa, le pidió un vasito de agua tibia con azúcar. Y allá se acostumbraba entonces a atender las gentes, tanto chiquitos como mayores, hasta que les hacían el ataúd. No había como hay aquí, esas facilidades. Así que mientras se le arregló su cajita, en la que debería de ser enterrada, la pusieron en una mesita. Y de eso también me acuerdo muy bien, tenía yo entonces siete años. Y la pusieron en aquella mesita y allí estuvo todo el día. A las 5:00 /de la tarde/ se suponía que vendrían con el ataudito en que la iban a enterrar. El Sr. Enríquez, ya le digo, como a las 3:00 o 4:00 de la tarde, pidió agua y azúcar y una cucharita, y se vino a donde estaba la niña, esperando que se llegara su terrible hora. Y que empezó a ver si pasaba tragitos de agua, cucharaditas de agua. Y decía mi papá:

--Fue tal su paciencia que al fin abrió la criatura los ojos y se soltó llorando. Bueno, mi compadre Miguel se puso furioso. Quería llevar al pobre doctor a la cárcel, le llamó de mil modos.

Y mi papá, transando, le dice:

--Pero mira, compadre, si ya el milagro está hecho. Dios te inspiró a que vinieras a hacer esa obra con mi hijita, y ya ha vuelto a la vida. Así es que dejemos las cosas así como están, puesto que ya la tenemos de nuevo a ella.

Bueno, pues ya se calmó el Sr. Enríquez.

En eso le ofrecieron a mi papá mejores sueldos y le hicieron mejores proposiciones en Cusihiuriachic para que se hiciera cargo como juez de toda aquella región, aun de la Sierra Tarahumara. Tenía toda esa región bajo su cuidado. Aceptó mi papá. Y Don Miguel, que tenía sus líneas (entonces se bajaban las líneas, como aquí la posta), para que nos fuéramos a Cusihiuriachic, él hizo que mi papá usara de todos los bienes que él tenía. Nos fuimos a Cusihiuriachic. Allí nació la más chica de mis hermanas, se llama Dolores.

Pero /antes de eso, en Guerrero/, a los cuántos días nos vinieron las enfermedades esas de los niños, escarlatinas y sarampiones, y todas esas enfermedades. Y la hermana que se seguía de mí estuvo a punto de morirse; y el niño, que ya tenía tres años, también. Estando mi hermanita muy mala, creyendo que se moría, como a la medianoche le atacó al niño un meningitis espantoso, que en dos horas se murió, y que no supieron ni por qué.

Luego ya nos venimos de allí a Cusihiuriachic. Allí nació mi hermana, la más chica, que es profesora en Cuauhtémoc. Tiene 400 discípulas. Ella inició la academia comercial allí en Cuauhtémoc hasta la fecha, y esa fue la que nació cuando ya estábamos en Cusihiuriachic. Pero al año siguiente murió mi mamá, dejándonos a nosotras muy chicas. Ya una de las tías abuelas, Mama Tela, nos recogió y hizo que mi papá se fuera a vivir a la casa allí con ella, y allí empezábamos a crecer. Allí empezaba también las tremendas enfermedades de difteria y tos ferina, y todas esas enfermedades, a mis hermanitas. Y como no había en Cusihiuriachic doctor,, tenían que ir hasta Chihuahua a traer un médico que viniera a ver a todos los enfermos, las personas que caían enfermas, especialmente los chiquitos de todas esas plagas de la niñez. Y Adelina, la que nació en Guerrero (la que le digo que la iban a enterrar viva, pobrecita), pues empezó a seguir enferma, y mi papá tenía que ir a Chihuahua, llevarla



a que la vieran los médicos, recoger las medicinas, y en fin.

En eso, llegó el año de 1906, y entonces Don Enrique Creel quiso que mi papá se viniera a Juárez para coger los contrabandistas de grande escala aquí en Juárez. Así que en 1906, ya nosotros un poco más grandecitas, mi papá todavía viudo, nos venimos a vivir a Juárez. Allí estuvimos desde 1906 hasta 1911, cuando estalló la tremenda Revolución. Mi papá era juez.

M: Quiero que me cuente de sus impresiones de Cd. Juárez en 1906, cuando llegaron a Juárez. ¿Qué clase de ciudad era?

D: Pues, llegamos a Juárez en octubre de 1906. Un Sr. Silva, conocido de mi papá, ya le tenía también alojamiento. Llegamos; la casita estaba en la 16 de Septiembre, pero yendo hacia el este, como yendo para el Colegio de Agricultura. Estaba un poquito afuera de los límites de la ciudad en Juárez. Allí nos instalaron, ¿verdad? Y vivía el Sr. Don Manuel Lucero [y] Don Antonio Velarde, un señor muy bueno, que era propietario de muchas tierras. Y nos platicaba él que Juárez había sido un viñedo inmenso. El río era tan grande, el Río Grande, que tenían que atravesarlo en chalupa; en chalupas lo tenían que atravesar. Nosotros llegamos, y nos gustó Juárez luego, porque en primer lugar las personas de nombre, acomodadas, nos acogieron con mucha bondad. Estuvimos muy a gusto. Luego nos empezaron a invitar a las fiestas y a todos los bailes grandes que tenían, y nos distinguieron bastante. Tanto que cuando vino Don Porfirio Díaz, estábamos nosotros en Juárez. Mi papá estaba en el juzgado.

Pero antes de eso, me acuerdo yo que yo empecé a ayudarle a mi papá en el juzgado como escribiente. Y tendríamos como un mes, poco más o menos, o dos meses, en Juárez, y yo me iba con mi papá al juzgado. Tenía yo mi mesa allí para escribir, y pues él actuaba allí en su oficina. Me acuerdo

que el comandante del policía era el Sr. Ponce de León. Y llegó un día al juzgado después de que mi papa y yo ya habíamos ido a la oficina, y le dice a mi papá:

--Sr. Delgado, acaba de cometerse un crimen horroroso allí en seguida de su casa.

Bueno, mi papá se puso inquietísimo.

--Pues, ¿qué pasa?

--Pues parece que un individuo mató a una muchacha, y dejó herida a una viejecita.

Pues inmediatamente se levantó mi papá y dio órdenes allí para venir a dar ...tenía que venir a dar fe del crimen aquél. Pues vivíamos nosotros, ya le digo, en la 16 de Septiembre. Estaba una tiendita bastante grande de un señor Don Emeterio Telles, y en seguida había un terreno medio solo; y luego una casita donde vivía una señorita Francisca, no me acuerdo de qué, y su abuelita; y otro terreno vacío, y en seguida estaba la casa que habíamos nosotros. Pues, nos contaba mi papá [que] a hachazos la mató a la muchacha, el malvado, el asesino. Y a la viejita le dio en la cabeza y le sacó los sesos. Y todavía pudo declarar y vivir [la viejita]. Llegó el doctor y la declaró mi papá. Le decía:

--Bueno, ¿tú qué sabes? ¿Puedes hablar, viejita?

Dijo:

--Sí puedo. Mira, era un señor cojo que llegó y mató a Francisca, y luego me dijo a mí que yo ya estaba muy vieja, que estaba buena pa' matarme, y me pegó con esta hacha. Un hombre grande, güero, y cojo. Todo eso dijo la viejecita, fíjese, así herida como estaba. Pues empezó mi papá a hacer las diligencias necesarias. Y atrás de la casa donde se cometió el asesinato ese, estaban hombres trabajando en un canal que tienen

allí, y mis hermanitas andaban jugando también afuera. Nadie, nadie se dio cuenta del crimen ese. Mi papá lo siguió, pero como su jurisdicción no era más que hasta Samalayuca, así es que tanto al jefe de policía como a la policía les proporcionó las huellas que pudo haber dejado el individuo. Pero, que no quisieron seguir y nunca lo cogieron, nunca se supo quién cometió tal asesinato. Y en pleno día, pues casi como a estas horas.

M: ¿Qué recuerda de Cd. Juárez? ¿Cómo era Cd. Juárez en ese tiempo cuando llegaron Uds. en 1906?

D: Pues cuando nosotros llegamos, ya le digo, mi papá tenía la jurisdicción de allí del pueblo. Yo le ayudaba como escribiente. Y en la iglesia Nuestra Sra. de Guadalupe estaba el Padre Pinto, que fue una persona muy buena con nosotros también. El Dr. Rodarte, el Dr. Mejía Borja, todos ellos personas que desde luego, puedo decir, dieron amistad con mi papá. Pasábamos muy a gusto la vida, en carretonadas en la casa de Don Pancho Membrilla. En el Colegio de Agricultura se nos invitaba a que ya estaba establecido. Y ya nos quedamos viviendo una vida allí tranquila, de sociedad, hasta 1907. En 1909 fue la entrevista de Díaz y Taft.

M: Díaz y Taft, sí. ¿Cuándo fue la primera vez que Ud. cruzó el río a los Estados Unidos?

D: Ahorita le voy a decir sobre eso. Cuando estalló la Revolución, estaban dos señores Alderete aquí en la corte, y eran muy amigos de mi papá. Pues cada vez que se oía decir que venían los colorados...les decían entonces cuando Pascual Orozco se levantó, les decían los colorados. Cada vez que se decía que venían a Juárez, iba Isaac Alderete por mi papá en un coche y nos traía por el puente. Entonces no había esos requisitos, como los hay ahora, de pasaportes y de esto y de aquéllo. No había que hacer documentación ninguna. Así es que nos pasábamos a la casa del Sr. Alderete allí

en la Calle Campbell. Se aplacaban las cosas, regresábamos otra vez a Juárez. En eso, pasaron unos meses en que siguió la Revolución, haciendo los estragos que hizo, especialmente con Villa. Y en 1912, mi papá se había venido aquí a El Paso como padrino de un señor Everardo Enríquez y su esposa que se casaron. Se vino mi papá (porque iba a ser uno de los padrinos) vestido de eleva, y con el sombrero alto y todo lo que Ud. quiera. Y en la tarde que se iba a ir la pareja que se casó a México a su luna de miel, ya no pudieron pasar, porque ese día atacó Zapata, aquí; Emiliano Zapata.

M: ¿Zapata atacó?

D: Zapata, en 1912. Allí en Juárez.

M: ¿Zapata mismo vino a Juárez?

D: Sí, vinieron todos ellos. Y cuando quisieron pasar mi papá /y/ Don Rodolfo Cruz (otro amigo de mi papá, persona muy conocida en el estado de Chihuahua), no pudieron ya pasar porque estaban peleando allí en la Aduana. Y pasó un muchacho, decía mi papá, y le cogió una bala de una parte en el saco que llevaba, y no lo hirió afortunadamente. Y se devolvió y les dijo:

--No pueden pasar. Si pasan, los tirotean.

Pues ya se quedó mi papá de este lado. En Juárez estaba el Licenciado Felipe Ceijas, que tenía sus oficinas con muchos otros abogados, y había una cantina que la llevaba un Sr. Petit, en donde se reunían todos los señores a tomar sus aperitivos y platicar. Así que mi papá habló al Licenciado Ceijas. Las tres hermanas que se siguen de mí se quedaron en Juárez. Y yo empezaba a trabajar de este lado, y estaba trabajando en una tienda que se llamaba El Globo allí en la Calle Overland; una de esas tiendas chiquitas. Empezaba yo a trabajar porque la Revolución nos obligaba. Mi papá muchas veces no tenía medios, pues, para pasar la vida.

Yo empecé a trabajar desde esa época en El Globo. Y vino mi papá a la tienda a la hora de salida y me dice:

--Hija, no podemos irnos porque está atacando Zapata a Juárez.

--¿Y mis hermanas?

--Pues allá están. Pero ya hablé yo a la casa de Petit, y parece que el abogado Ceijas se encargará de ellas.

Para esto, mis hermanas dicen que había llegado un Sr. Don Jesús Mesta a hablar de negocios con mi papá a la casa de nosotros en Juárez, que vivíamos tras de la Aduana, y allí se quedó también. Allí lo cogió la balacera esa y allí se quedó. Pues le sirvió a mis hermanas de compañía. Pues ya pudo hablar mi papá con ese Sr. Petit y el Licenciado Ceijas se ofreció a ver como podía sacarlas de la casa y traerlas hasta el puente. Así fue. Al siguiente día las trajeron a las pobres, réteasustadas. Ya nos quedamos aquí una temporada de este lado. Después ya regresamos a Juárez otra vez, y entonces a mi papá le ofrecieron una de las oficinas grandes. El, por no ponerse en mal, aceptó. Pero, empezaron a ver que él era de ideas porfiristas, que él había trabajado siempre bajo la jurisdicción del Sr. Díaz, y éramos de votos de él. Veíamos muy mal todo lo que estaba pasando.

Y pues cuando pasó Don Porfirio Díaz, fue tan bonito. Voy a conseguirle ese libro de la visita presidencial para que lo vea; fue tan bonito. Llegó Don Porfirio Díaz como a estas horas allá en Juárez en su tren presidencial. Le tenían la Aduana muy bonitamente arreglada. Allí lo recibieron los rancheros, las escuelas; en fin, todos los grupos esos de la política, y hablaron con él. Para esto, una semana antes, estuvimos oyendo músicas hermosas, porque vino la banda de zapadores, la banda del once, la banda de policía, y todos daban audiciones musicales en la plaza durante una semana. Y empezaron a decorar las calles. Según personas que habían

estado en París, decían que se veía tan bonito como si estuviera en París.

A las once de la mañana que pasó el Sr. Taft para allá, pues se le ovacionó mucho, y en la Calle Segunda (que es ahora Paisano), allí lo recibió Don Hologario Molina con los 21 cañonazos de ordenanza. Pasó el Sr. Taft, y poco después pasó Don Porfirio Díaz al lunch champagne que le tenían ofrecido acá en El Paso, y también lo recibieron en la Calle Segunda con las ordenanzas esas militares. En la noche tuvieron un hermosísimo banquete, el que amenizó la típica Lerdo de Tejada. Y cuando salieron, estaba la caballería del once parado al lado oeste, donde está la Aduana. Allí estaba la caballería del once. Y luego por toda la Avenida Juárez, estaba la guardia nacional. Todos los caballos eran del mismo color. Los muchachos, todos, pues, de muy bonitas figuras con sus cascos alemanes. Luego de este otro lado tenían la infantería. Un General Ruiz, que era él que hacía los recorridos de todo, les ordenaba; y de cuando en cuando la infantería hacía muy bonitas figuras. Se movían de un lado a otro. Y la caballería de la guardia nacional, no; muy estóicos todos, desde la Aduana hasta el puente. Y en la noche la misma cosa.

Cuando terminó el banquete, que salió Mr. Taft, pues le tocaron su himno. Y él tenía su guardia nacional, su guardia también allí a un lado de la Aduana. Ya lo pasaron para este lado, y al último salió Don Porfirio con la banda esa que le ponen a los presidentes, tricolor. Muy bonito el banquete, fue cosa muy selecta, todo con vajillas de bruseles y alfombrados hermosos. Estaba precioso todo aquéllo. Cuando salió Don Porfirio, empezaron a tocar la banda de policía y la de zapadores, que estaban de un lado y otro, el himno nacional mexicano, y la caballería del once, con sus cornetas, le hacían coros. Se oía tan precioso como Ud. no tiene un idea. El trayecto lo hizo Don Porfirio de la Aduana hasta los rieles, ¿verdad?,

donde están hasta ahora. Allí tomó su tren presidencial para regresarse a México.

Y en seguida fue cuando estalló la Revolución. Fue en 1909 la visita presidencial, y en 1910 ya estalló la Revolución, precisamente en Guerrero. Allí fue donde empezó Pascual Orozco, y otro, un Pascual Oros. Y mataron...la primera víctima fue mi tío, Urbano Seafres. Y mi mamá tenía un primo, se llamaba Mariano Irigoyen, un profesor magnífico. Era mi tío, y fue mi último profesor, por cierto. Y todos los revolucionarios de aquella época habían sido discípulos de mi tío Mariano. Así es que a él lo respetaron, tomando en consideración aquéllo. Ya se vino él también a Chihuahua, y de allí lo mandaron a México como senador del estado de Chihuahua y como profesor del Colegio de Agricultura en México. Y murió él después, murió en Chihuahua. Hay hasta calles con el nombre de él. Fue muy apreciado. Y en una ocasión, platicaba mi tío Mariano que estaba entre todos sus discípulos antiguos en un banquete, que ya eran revolucionarios, entre ellos Orozco, Silvestre Terrazas, y todos esos que se levantaron en aquella época. Estaban hablando mal de Luis Terrazas, de Don Porfirio, acabando con ellos. Y que se levantó mi tío y les dijo:

--Bueno, señores, Uds. están despreciando y denostando a seres a quienes Uds. deberían de tenerles algo de respeto. Yo, si me encuentro a Luis Terrazas en la calle, me quito mi sombrero, lo saludo, porque saludo al heroe del 25 de marzo. Y Uds., ninguno es heroe. Pues, que todos creyeron que iba a hacerle algo grave el asunto; pero no, parece que no.

Así las cosas, pasó el tiempo. Se llegó el año de 1913, noviembre de 1913. Era un lunes. El día anterior había sido domingo, y estaba el General Castro al frente de la zona militar aquí de Juárez. Pero no tenía su batallón, que era el 63. Pues ese domingo, día 12 de noviembre,

estuvo en la casa de nosotros. Y cuando estábamos comiendo, le llegó un telegrama de Chihuahua, y le dicen que repelaron a las fuerzas de Villa.

Le dijo el general a mi papá:

--Ah, esto está muy bueno.

Y que para el día siguiente ya tendría su batallón, que venía en camino.

Le dijo a mi papá:

--Bueno, Eduardo, mañana ya tengo mi batallón y parece que han repelado a Villa. A ver como siguen las cosas.

Y en eso se casaba un oficial de Castro con una amiga de nosotros. Nosotros vivíamos en la Avenida Lerdo, en una casa de dos pisos, que aún allí está. Y en la casa anterior vivía la familia Forzán, donde se celebraba ese matrimonio. Nos invitaron las muchachas, y mi papá siempre nos acompañaba a dondequiera que fuéramos (todavía él no se casaba por segunda vez), y fuimos a la boda de Eva Forzán. Así se llamaba ella. Hacía una luna preciosa, y no hacía nada de frío. Cuando salimos de la casa de Eva Forzán, yo disque le cuidaba a mi papá la espalda; porque como era juez, decía yo, ha de tener muchos enemigos, y yo disque le cuidaba la espalda. Así es que salió mi papá con mis tres hermanas. Y volteé yo, y debajo de una de las ventanas que se hacen allí, con voladode fierro, estaba uno agazapado. Le dije:

--Papá, mira, allí está uno.

Dijo mi papá:

--Déjalo. Estaría viendo, estaría curiosiando.

En fin. No tardamos mucho en llegar nosotros a nuestra casa. Yo tenía mi cuarto en el segundo piso de la casa, viendo para acá para el oeste, donde están los cuarteles de Juárez. Subí, y noté yo que estaban tirando. Y le dije:



--Papá, están tirando para el lado del cuartel.

Dijo mi papá:

--Sí. Habrá llegado el batallón de Castro.

--No, si son unas luces como de cañones muy grandes.

Subió mi papá y dijo:

--De veras. Sí está raro eso.

En fin. Tenía la casa muchos cuartos y mi papá les tenía rentados a algunos empleados de la Aduana. Mi papá decidió llamar a todos. Les dijo:

--Parece que hay algo raro. Si Uds. quieren levantarse y recoger sus documentos, porque no sabemos de qué se trata. Están tirando cañonazos para el cuartel, y eso indica que o ha llegado el batallón de Castro, o sabrá Dios qué nos venga.

Pues así lo hicieron. Se levantaron todos. Y también vivía con nosotros una señora, Dona Victorita Chegaray, que había sido el señor profesor de la escuela industrial de Chihuahua en la gramática. Quedó ella viuda, se vino aquí a Juárez, y fue a dar con nosotros con una hija y un hijo ya grandes, jóvenes todos.

Pues levantó mi papá a toda la gente, y nos bajamos a la sala, y dijo mi papá:

--Apaguen todas las luces, y escondan armas y escondan documentos.

Escondieron documentos debajo de una alfombra. Metieron unas pocas de armas en el horno de la estufa de la cocina. Mi papá tenía coches de sitio, y tenía sus caballos atrás en los macheros ya recogidos. Pues allí nos estuvimos un rato, cuando al poco venía un peladiaje (porque no lo puedo llamar de otro modo) que llenaba la calle como una tropa inmensa. Y luego gritó uno:

--¿Quién vive?

--¡Pancho Villa!

--¿Qué gente?

--¡Carranza!

Dijo mi papá:

--No, eso sí que está mal. Yo no esperaba eso.

Luego enfrente había unas tienditas, comercios. Con las culatas de los rifles abrieron, sacaron licor, y empezaron a esparcirse por todos lados. Entraron a mi casa, sacaron los caballos y se los llevaron. Como la luna estaba tan bonita, podíamos ver todo muy bien. Teníamos nosotros una sirvienta que se llamaba Francisca, grandota mujer. Y empezó:

--No, Sr. Delgado. Ud. se tiene que ir con estas criaturas, porque sabrá Dios que va a suceder. Ya con los villistas aquí encima, no vamos a tener ni seguridad ninguna, ni calma.

Pues, sí. Estuvimos un rato allí, nos vestimos todas, abrigos negros. Eramos como ocho. Y como a las cuatro de la mañana, o poquito antes, la sirvienta esa dice:

--Sr. Delgado, váyase. Yo sé lo que le digo. Mire, póngase ese delantal mío muy grande encima de su abrigo, y se lleva a las muchachas y a la Sr. Victorita y sus hijitos.

Pues se decidió mi papá que saliéramos. Salimos de allí de la Avenida Lerdo y cogimos todo hasta llegar allá enfrente de Washington Park. De allí se veía el racetrack donde estaban peleando los auxiliares. Y como todos íbamos de negro, yo creo que de allá creyeron que éramos soldados, y empezaron a caer balitas de ametrayadora. Mi papá se asustó mucho. Nos cogió casi en globo a todos, y nos empujó a un sembrado que había. Era una altiplanicia y era una cañada, y casi nos empujó--nos llenamos de lodo de aquí hasta abajo-- para evitar que una bala fuera a hacer una cosa terrible. Y él también, junto con nosotros. Y el río que traía tanta agua esa noche, traía bastante agua.

En eso salió de por allí un señor a quien mi papá conoció, y le dice:

--Antonio, ¿eres tú?

--Sí. ¿Es Ud., Sr. Delgado?

--Sí.

--Pues, ¿qué anda haciendo?

--Pues, ¿qué andas haciendo tú?

--Pues viendo a ver cómo me paso, porque yo no tengo defensas de ningún género.

--Pos yo ando haciendo lo mismo con la familia.

--Sí, pero espérese. Yo tengo un guayín que ya se desbarata, pero a ver si nos pasa el río.

En eso fue y lo trajo con un caballo. Hicimos que mi papá pasara primero; bueno, unos pasamos primero y los otros pasamos después. Resultado que pasamos el río. Luego vinieron los agentes de inmigración, los de a caballo.

--Pues, ¿qué pasa?

Les dijo mi papá:

--Entró Villa, y queremos pedirles hospitalidad a Uds. mientras pasa esta racha, que no sabemos a qué atenernos.

Hablaba español el agente de inmigración. Dijo:

--Sí, pasen, pasen.

¿Sabe dónde pasamos? Donde está ahora el puente ese de Córdova, el puente nuevo, allí pasamos. Le decían la Isla de Córdova. Como ya empezó a amanecer, salieron las gentes de allí:

--Pues, ¿qué pasa? Oímos tiros anoche.

Y ya les dijimos. Y una señora muy amable dice:

--¡Válgame! Pero si mire nomás como vienen de lodo. Vamos a mi casa.

Pues nos llevó a su casa, nos arreglamos de todo a todo, nos dio almuerzo. Pues ya estuvimos allí con esa señora tan amable. Pero no teníamos más que lo que traíamos puesto, y yo me traje los documentos de la propiedad minera de mi papá, porque me dijo:

--A ver si te lo llevas y podemos escapar eso, porque no vamos a tener de qué vivir.

Entonces corrían los tranvías de aquí del centro hasta Washington Park. Pues esperamos que llegara el primer tranvía, y en ese nos venimos hasta el centro. Entonces estaba el hospital Providencia donde está la Scottish Rite, en la Calle Santa Fe.

Ya conocíamos mucho a la Señora Schuster, a la señora grande, y sabíamos nosotros que ella rentaba lugares donde poder estar. Pues nos venimos al centro y fuimos a dar con la Señora Schuster. Dijo:

--Sí, ahí enfrente de la casa /mía/ está un salón muy grande.

Tómenlo Uds., porque a mí se me hace que va a haber más que Uds. efectivamente.

Pues nos fuimos a la sala esa. Era una especie de sala en un segundo piso, y pues allí nos estuvimos. No teníamos nada de muebles. No teníamos nada, nada con qué servirnos. Pues si nos venimos así como salimos de la casa. Y luego mi papá pudo comunicarse con Francisca, que era la sirvienta esa, y le dice:

--Ni por un momento vaya Ud. a venir, porque ya preguntaron por usted. Así es que no vaya a venir ni Ud. ni ninguna de las muchachas por nada. Si yo puedo, yo les llevo algo.

En eso estábamos cuando llegó el Lic. Urrutia con su hija Sofía (ya señora grande) de Salazar y sus tres nietos, y fueron a dar allí con nosotros también. Después llegó mi tío Miguel Prado de Chihuahua con tres de

los hijos. Ellos eran 16 por todos en la familia. Pues llegó mi tío con tres o cuatro de la familia también allí donde estábamos. Dijo mi papá:

--Hay que buscar lugar donde alojarnos. A ver qué hacemos. Pues ¿cómo vamos a estar aquí así nomás?

No teníamos ni donde dormir ni nada. Pues ya se vino mi papá al centro y se encontró con Don Melchor Calderón, y le dijo:

--Pues, ¿dónde están? ¿Cómo se pasaron?

Dijo Don Melchor:

--Pues nosotros nos pasamos por el puente. Y les voy a contar una cosa, que allí estaba el General Castro también queriendo pasar, la familia Urrutia (que era de Juárez) también. Y muchos de Chihuahua lo recogieron y se lo llevaron a su casa, al General Castro. Y nosotros, venimos a dar aquí a la Calle Segunda en una casa enteramente vacía, pero ahí estamos, haciendo lo que podemos. Así es que tenemos una parte sola, si se quieren ir para allá.

Pues nos venimos de la propiedad de la Sra. Schuster a la Calle Segunda. Allí estuvimos. No teníamos nada, ni en qué servirnos. Mi papá decía:

--Bueno, pues, si me dan ganas de ver como paso y en un carro o una troca o algo nos traemos algo de muebles o alguna cosa en qué servirnos.

Pero no, no lo dejó la Sra. Schuster. Le dijo:

--No vaya. No vaya, porque le va mal. Es preferible que hasta duerma en el puro suelo que regresearse Ud. a Juárez. Ahorita está Villa haciendo atrocidades.

Para esto, mi tío Miguel Prado estaba de tesorero en Chihuahua, el tesorero del estado, y lo andaba buscando precisamente Villa para que le entregara el dinero. Pues se vino mi tío Miguel Prado, y pasó el puente en

el tren que a esa hora venía de México muy retrasado por todas las cosas que venían pasando, las peleas que habían tenido en Parral. En Parral habían estado peleando fuertemente. De allí se vinieron a atacar Chihuahua, y fue cuando recibió Castro el telegrama, en que le decían que habían retirado las tropas, de Chihuahua, y se creía él enteramente libre y ya dueño de toda la región esta. ¡Nada!, que van llegando los malvados esos. Y mi madrastra, la segunda esposa de mi papá, también me había dicho:

--Oye, quiero que me ayudes a pasarle a Don Enrique Creel unas mercancías. Le dije:

--Andale, yo soy buena para eso.

Pues esa misma noche, pasamos las mercancías /mi madrastra/, Chela y yo como pudimos, y pasamos mercancías. Y por cierto que ni las pudo tener el Sr. Creel. ¿Pues cómo?, si a la medianoche fue cuando estalló la entrada de Villa a Juárez. Y hacía una luna pero preciosa. Cuando salimos de la casa, Elodia decía:

--Buenos días, señores. Los estábamos esperando. Mira nomás como llegaron. Hasta fiesta les vamos a hacer. No crean que nos vamos a ir, andamos festejando la llegada de ustedes.

Mi papá le decía que callara, /pero/ era mejor porque así no sospechaban que fuéramos del régimen anterior. Hasta que llegamos allá donde le digo, al puente de Córdova, y que al fin pasamos el río. Y traía mucha agua. Y las ruedas del guayín ya se desbarataban, ya se desbarataban; pero pasamos. Y los agentes de inmigración les cayó en chiste eso, ¿verdad?, porque nos vieron cómo íbamos pasando. Pero entonces no había que tener esos pasaportes y esa documentación de ahora. No; pasamos, y yo no arreglé mi pasaporte hasta 1939; y eso fue en 1913, cuando pasamos el río.

Después regresamos a Juárez, y nos encontramos con que no había

nadie de las gentes conocidas de nosotros. Todos estábamos acá, y otros se fueron a distintos lugares. Y el general, yo no supe al fin qué hizo. Yo no sé, porque al fin resultó viviendo aquí en El Paso. El estaba casado con esa tía mía. Y sus hijos, uno vive ahí en Juárez, León Castro, y otro vive aquí en El Paso, Mariano Castro, que vive allí en la Calle River. Está casado con una muchacha Esperanza Talavera. Por cierto que tienen una hija que mandaron a París con la embajada americana, no hace mucho. Y él vive en la Calle River. Y es también hijo del General Castro, Mariano. Y León Castro también vive en Juárez, también es el hijo mayor del General Castro.

M: ¿Qué edad tienen ellos?

D: Yo creo que León debe de tener como 89 años. Mariano le podía platicar tanto también, Mariano Castro. Mariano debe de tener 80, algo así. Pos somos contemporáneos más o menos. Estamos así entre los 75 y los 80, por ahí así. Y él vive en la Calle River, y tiene muchos muy buenos recuerdos. Pos su papá, como era general, se imagina todo lo que le puede platicar. Y ellos, pues ya estaban así como yo, grandes. Y estoy segura que tienen muchísimos recuerdos de esa época. Y León no muy bien, porque está un poquito mal de su mente, no la tiene muy clara. Pero Mariano sí, Mariano sí está muy bien.

Después de eso ya mi papá pudo vender su propiedades mineras allá en Cusihiuriachic. ¿Sabe Ud. como se descubrió ese mineral?

M: No.

D: Bueno, pues, era un lugar enteramente inculto. Hubo un hombre que cometió un crimen muy grave, y lo andaban persiguiendo. Y se llevó a la mujer, a su esposa. Y como por allá hay muchos pocitos de agua que se puede tomar muy fresca, les dio sed y la mujer se acercó al pocito. Y no solo tomó

agua sino que casi se bañó. Así es que esparció agua por todo el terreno. Y que luego el hombre, que algo conocía de minería, vio el hilo de una beta y le dijo:

--Oye, mira lo que está aquí.

Le dijo la mujer:

--¿Y qué es eso?

--Pues nada menos que el hilo de una beta, y parece que está la plata casi encima.

Pues escarbaron, cogieron plata, y fueron con las autoridades y les mostraron los metales aquellos, y de allí nacieron las minas grandes de Cusi. Y por allí iban, y así fue como las descubrieron. Y descubrieron otra que se llamó La Reina. Era tan rica esa mina que decía mi papá:

--Si entras tú a las labores, allí está la plata, allí está la plata. Una cosa preciosa. Don Celso Revilla fue uno de los dueños de esa mina La Reina. Don Pancho Ramírez y Don Lauriano Holguín [también]. Y en una ocasión invitó Don Pancho Ramírez a mi papá a que fuera a visitar las labores de La Reina. Es en un pueblo que está cerca de Cusi, se llama El Porvenir. Pues mi papá fue a visitar las labores aquellas y le dijo:

--Oye, Ramírez, mira. En aquella esquina de aquella labor, si no la apuntalas ahorita ahorita, se te viene y sabrá Dios qué siga.

No le creyó Don Pancho Ramírez a mi papá. A la medianoche se vino abajo la mina y por fortuna no había mineros trabajando, y se borró por completo la mina. Era tan rica, que decía mi papá:

--De allí se puede sacar... No fundir los metales, sacar la plata. Les dio plata hasta que se cansó. Tanto, que un Sr. Paredes le pidió permiso al gobierno de poner vigas de plata en su casa, de esa misma mina La Reina.



[Continuación de la entrevista con Ygnacia Delgado, el día 3 de julio de 1977.]

M: Bueno, Ud. me decía que quería darme un dato de la Revolución.

D: Sí. Me estaba acordando de cuando se rindió el sistema de Porfirio Díaz, que fue en mayo de 1911. Como unos ocho meses antes, el General Díaz mandó al General Juan Navarro, al General Rávago, y al General Mondragón que vinieran a combatir, porque acá en el norte era donde estaba más terrible la Revolución y en donde era más posible que cayera el sistema de Díaz. Así es que estuvieron en Juárez el General Navarro, el General Mondragón, y Rávago. Y pasamos una temporada muy agradable por cierto con la guarnición. La tenía el Coronel Tamborrel (no me acuerdo de su primer nombre). Pero los señores generales, pues, generales de escuela militar europea los tres, especialmente Mondragón y el General Navarro, que era el mayor. Así que ya cuando estuvieron ellos en Juárez, que era para ver si se calmaba la Revolución o si podía triunfar el sistema del General Díaz, pues no, no fue así, y triunfó Orozco. Vinieron los orozquistas, o más bien, Madero, porque Madero era el candidato, ¿verdad?, en la Revolución. Así es que estuvieron allí en Juárez, y el General Rávago fue a combatirlos. No me acuerdo muy bien en qué lugar. El caso es que salió derrotado, y se suicidó--un general muy pundonoroso--porque no pudo cumplir; creyó él que no había cumplido con su cometido y se suicidó el General Rávago. El General Mondragón y el General Navarro volvieron a México, y ya fue cuando hubo el gran combate allí en Juárez, que fue en la Avenida Lerdo. Nos contaban que se sentó el Coronel Tamborrel a dirigir la batalla y allí murió.

Y aquí de este lado rentaron una casa que le llamaron Hospital de Sangre. Pasaban los heridos para acá de este lado, y las balas pasaban

hasta lo que es ahora la Calle Paisano. Entonces era la Calle Segunda. Hasta allí pasaban las balas. Nosotros estábamos de este lado en la casa de Issac Alderete. Y nos tocó, pues no ver, pero sí veíamos cuando traían los heridos a la casa esta que tenían de este lado y que llamaron Hospital de Sangre. Y así fue como la fuimos pasando. Ya nos quedamos aquí. Mi papá, pues, volvió a Juárez. Ya terminó la Revolución en mayo de 1911, en ese año terminó todo. Ya entramos en el año de '12.

M: ¿Así es que después de la batalla de Juárez en 1911, se fue toda su familia a Cd. Juárez otra vez?

D: No. Nos quedamos aquí una temporada de este lado.

M: ¿Cuánto tiempo se quedaron?

D: Nos quedamos como dos meses. Ahora verá... Era junio, y me acuerdo que estaba lloviendo mucho. Como en julio nos regresamos otra vez a Juárez, a fines de julio nos regresamos a Juárez.

M: ¿Toda la familia?

D: Toda la familia, sí. Y entonces empezaron a llamar a mi papá para que ayudara de todos modos y lo nombraron Agente del Ministerio Público. Y ya nos quedamos allí por una temporada hasta que de nuevo... Porque no se terminó la Revolución allí. Siguieron todavía batallando. Y fue cuando entró Villa y Obregón, todos los generales de esa época; Carranza, que quería ser presidente de la república, y el General Obregón también. Y todavía siguió la cuestión. No hubo mucha calma porque primero que todo fue la terrible tragedia esa, o sea la decena trágica, que mató Huerta a Madero, que todavía siguieron batallando muchos sobre el particular. Siguieron batallando ellos, todos los revolucionarios; siguieron batallando con la cuestión de la presidencia. Como mataron a Madero, entonces se quedó como presidente Huerta. Pero como estuvo... lo clasificaron de asesino, porque en

realidad lo fue, siguieron otra vez peleando. Entonces Villa quiso coger todo el norte por su cuenta, ¿verdad? Entró el General Calles... No, no, no. Me estoy revolviendo mucho. No me acuerdo muy bien de allí. El caso es que nosotros tuvimos que volvernos otra vez acá.

M: ¿Cuándo volvieron otra vez para acá Uds.?

D: Volvimos para acá cuando Villa atacó Chihuahua en 1913, noviembre de 1913. Y el General Castro, que era el que debía de haber sido el jefe de guarnición de Juárez, no tenía su batallón, que era el 23. El General Francisco Castro, que era tío de nosotros. La esposa de él era prima hermana de mi papá. Y cuando atacó Villa a Juárez, andaban con la cuestión de Carranza y Obregón, y parece que Carranza no quería a Villa. El caso es que lo que trataban era de tener la presidencia, y traían todo el trajín ese. Siguieron batallando. Y en 1913, que fue cuando Villa atacó Juárez, estaba el General Castro en la casa de nosotros. Era un domingo, y allí recibió un telegrama y le decían que en Chihuahua habían repelido las tropas de Villa, cosa que no fue así. Porque era el día 12 de noviembre; así es que el 13, que fue lunes, resultó que Villa vino a dar a Juárez. En lugar de entrar a Chihuahua, vino a dar a Juárez. Y mi papá creía, esa noche que entró Villa, que era el batallón de Castro el que había llegado. No, era Villa con toda la tropa, una tropa inmensa. Tenía mucha gente. Así es que en esa época nos venimos otra vez para El Paso.

M: ¿Ya fue la segunda vez que se vinieron?

D: La segunda vez que nos venimos.

M: ¿Y a dónde vinieron a dar en El Paso?

D: Nosotros vivíamos en la Avenida Lerdo.

M: ¿Fue la vez que pasaron por el río, que les tiraron balazos?

D: Precisamente.

M: Esa fue la vez.

D: Sí, porque esa noche habían estado peleando los auxiliares. No llegó el batallón de Castro. Estaban peleando los auxiliares en el hipódromo, cuando casualmente nosotros llegábamos enfrente de Washington Park, de este lado, que fue cuando nos pusieron la ametralladorita, que nos caían balitas por todos lados. Y un susto que llevamos. Y ya nos pasamos y nos regresamos a El Paso, hasta la fecha.

M: ¿Ya no volvió Ud. a Juárez?

D: No, ya no volvimos.

M: ¿Desde 1913?

D: Nos venimos aquí. Como entonces no había tantos requisitos para radicar aquí y pasar, no tenía yo mi pasaporte arreglado, aunque mi papá nos había anotado en el puente en una de las pasadas que dimos. Pero siempre al regresar aquí, regresamos casualmente o impelidos por la cuestión del momento, y ya nos quedamos aquí. Pero poco después sí arreglamos nuestros pasaportes para tener residencia legal en Estados Unidos. En 1929, arreglamos todos nuestros pasaportes. Y ya nos quedamos como residentes de aquí de El Paso, Estados Unidos, desde entonces.

M: ¿Cómo la pasó su familia refugiados aquí en El Paso en 1913?

D: Pues primero que todo, cuando llegamos aquí--nos venimos del puente de Córdova--venimos a dar al Hospital Providencia. Entonces el jefe principal de los médicos del Providencia era el Dr. Schuster viejo, y su esposa. Y ellos nos conocían mucho. Y yo sabía que la Sra. Schuster tenía cuartos que rentaba. Yo fui con ella, y ya nos recibió. Le platicamos lo que pasaba, y nos rentó una sala en una casa que estaba enfrente del Hospital Providencia, que estaba entonces en la Calle Santa Fe y Prospect. Y enfrente tenía ella una propiedad y nos rentó esa sala. Nos fuimos a la sala esa, no teníamos nada nada, porque nos

pasamos nomás con lo encapillado. Nada más tenía mi papá unas propiedades mineras en Cusihiuriachic, el mineral de Cusihiurachic de donde éramos nosotros, y nomás cogí yo los títulos de la mina. Casualmente los pude salvar. Pues ya nos venimos aquí, y luego el Licenciado Urrutia y su hija Sofía Salazar vinieron a dar también con nosotros, y nos hospedamos en aquella sala. Y luego un tío de nosotros, cuñado de mi papá, mi tío Miguel Prado, que era el tesorero en Chihuahua, lo andaba buscando Villa para matarlo si no le entregaba la tesorería, ¿verdad? Y también se vino con nosotros. Luego Don Melchor Calderón encontró a mi papá y le dice:

--¿Por qué no se van a la Calle Segunda? Allí tenemos una casa casi vacía, porque como no tenemos nada de muebles. Y hay unas piezas. ¿Por qué no se van allá?

Pos resultado que nos fuimos a la Calle Segunda en el número 700. Y de un lado estaba la familia Calderón y del otro lado nosotros, con todos nuestros parientes. Al fin de esa semana de 1913, ya éramos todos en esa nueva casa, donde fuimos a dar en la Calle Segunda, éramos 46 personas las que estábamos allí. No teníamos ni en qué servirnos. Los hijos del Sr. Calderón encontraron unos springs allá afuera, y los clavaron, los pusieron patas y los clavaron, y en la noche se desclavaban los catres aquellos y ahí venían todos los que dormían allí al suelo. Y así la fuimos pasando, hasta que mi papá, ya cansado de ver que no teníamos lo necesario para poderla pasar, y todas las personas allí empezaron a buscar la manera de alojarse en alguna parte, mi papá se encontró con un señor de la compañía del mineral de Cusihiuriachic, que era el Sr. Graves. Estando mi papá enfrente de Kress, pasaba Mr. Graves y le dice:

--Delgado, ¿qué haces?

Dijo mi papá:

--No hago nada. Estoy desesperado aquí.

Le dijo:

--Pues mira, yo te ofrecí \$40,000 dólares por tus minas, tus propiedades mineras en Cusihiurichic. Yo podría muy bien, si quisiera, ir con Villa y pedir las. Tú no podrías hacer nada porque si pasas, te va mal con Villa.

--Pues sí, en realidad.

Le dijo:

--Pero mira, no voy a ser malo. Te voy a dar \$16,000 dólares por tus minas, y luego te voy a dar un tanto por ciento por ocho meses de los productos minerales que vayamos a trabajar.

Pues de eso y nada, aceptó mi papá. Pues ya con eso, ya compró mi papá su casita aquí y no hubo tal ganancia del porcentaje que le ofrecía Mr. Graves, porque en eso mató Villa a uno de sus socios, al Sr. Pierce. No me acuerdo, mató cuatro o cinco de ellos en Santa Isabel. Así es que ya ni pudieron volver a trabajar las minas. Se quedó todo en borra hasta la fecha.

M: ¿Las perdieron?

D: Pues, ya no quiso pasar Mr. Graves. El ya se volvió a Nueva York de donde era, y ya no volvió. Las minas todas están en borra hasta la fecha. Un mineral muy rico, Cusihiurichic. Tiene unas minas grandísimas. Ahora creo dicen que las están trabajando, pero en muy poquito, porque el gobierno de México quiere la mayor parte de las utilidades que deja el metal. Y teniendo que pagar los socios unas contribuciones tan altas, no les conviene seguir trabajando las minas, porque son unas minas de mucha agua. Y tienen que tener una maquinaria inmensa para poderlas desaguar. Me acuerdo yo cuando era chica que corría, cuando desaguan las minas. Pues es Cusihiurichic un lugar que está situado de oeste a este, ¿verdad? Así está situado. Del lado derecho quedan las sierras de los Peñascos Colorados.

Y del lado izquierdo a la entrada, queda La Bufa. Es una montaña muy seca, que no tiene nada de vegetación, inmensa. Y al pie de esa montaña están las minas grandes. Luego arriba pusieron un trenecito de vía angosta, que llevaba los metales de las minas grandes hasta otro lugar más al este donde tenían la fundición, le llamaban la Máquina Inglesa. Y allá llevaban los metales para la beneficencia de ellos. Y todo eso está muerto.

M: ¿Cuánto tiempo estuvieron allí en la Calle Segunda?

D: En la Calle Segunda, yo creo que no estuvimos arriba de unos dos o tres meses.

M: ¿A dónde se fueron después?

D: Compró mi papá su casa en la Calle Wyoming 1314. Allí compro él una casita, y allí nos fuimos. Y las demás personas, pues en distintos lugares de la población compraron sus casas y se establecieron también. La familia del Lic. Urrutia, la Sra. Salazar, y mis tíos, los Prado, que viven en la Calle St. Vrain hasta la fecha, Norte St. Vrain allá abajito de la escuela El Paso High. Y tengo un primo, Guillermo, que se acuerda también mucho de todas esas cosas de la Revolución.

M: ¿En qué trabajó su papá?

D: Mi papá era abogado.

M: ¿Aquí en El Paso?

D: No. En Juárez.

M: ¿Trabajaba en Juárez?

D: Sí, él siguió...tuvo su bufete en Juárez, ¿verdad?, hasta 1929, en que empezó a sentirse muy mal con ataques cerebrales. Y ya de 1929 a 1936 que murió, ya no pudo él hacer nada porque siguió enfermo, un ataque tras otro, ataques cerebrales. Pues yo no podía hacer nada.

M: ¿De modo que Uds. vivían aquí en El Paso y él iba a Juárez todos los días

a trabajar?

D: Todos los días. Tenía una oficinita o bufetito allí en Juárez, y todos los días se iba temprano, volvía en la tarde como a las 3:00, 4:00 o 5:00 de la tarde. Pero ya vivíamos aquí en la Calle Wyoming.

M: ¿Y le iba bien a él?

D: Sí, relativamente bien.

M: ¿Así estaba mucha gente?

D: Ah, sí. Para esto, mi papá se volvió a casar en 1915 aquí en El Paso. Se casó con una Señorita Amelia Revilla, que tenía un caso curioso. Era esa señorita Amelia Revilla, y tenía un hermano José. Pero el nombre de ella no era Amelia Revilla; ella se llamaba Sotero Landavazo, porque su papá de ella era un español que guiaba un barco de España a Veracruz. Vino aquí a México, se internó también con cuestión de las minas. Se internó hasta el pueblo de Uruachic. Y allí se enamoró él de una señora viuda, Doña Refugio Rochín de Barrozo. Se casó con ella, y nació Amelia, o fuera Sotero, y nació un hermano. Y el señor Landavazo murió en España. Ya no pudo venir por ellos. Así es que esos dos se quedaron acá en México, Sotero y José. Y luego murió una tía de ellos en España, y les dejó a cada uno \$14,000 pesetas. Estaba todavía el Rey Alfonso. Mandó a México a buscar a los dos herederos. Encontraron a José con el nombre. Pero a Sotero no la encontraban, pues se llamaba Amelia Revilla. Una familia pariente de ellos, familia Revilla, la tuvieron en su casa desde que ya quedó ella huérfana. Y no le gustó al hijo mayor del Sr. Revilla el nombre de Sotero Landavazo, y la adoptaron con el nombre de Amelia Revilla, hicieron documentación y todo. Pues cuando vinieron a buscarlos para entregarles esa pequeña herencia, pues ya se había ella casado con mi papá. Mi papá tuvo que hacer una documentación grandísima, y el señor gobernador



Don Jose María Sánchez, que era de Chihuahua, y un Sr. Sarandona de Torreón, todos ellos tuvieron que ver en el asunto. En eso, Ateca arregló los juegos que tenían en aquella época prohibidos por allá, aquí en Juárez, en grande escala. Y Benjamín Revilla, hermano adoptivo de mi madrastra, de Amelia, invirtió todo el dinerito allí y todo se acabó. (Risa)

Y ya nos quedamos viviendo aquí. De ella tengo tres medios hermanos: Estela, que es la mamá de la Señora Patricia Burnside. Ella es media hermana. Mi papá se casó en 1915 y ella nació en 1916. Y en '18 nació Eduardo, que ahora está con la Comisión de Límites. Ya tiene muchos años, la de aquí de este lado. Y Juan, el medio hermano menor, a ese durante la guerra lo mandaron a Egipto. El se agregó al cuerpo médico como óptico, y estuvo en Egipto y allá se casó. Se casó en el Cairo con una judía que la convirtió al catolicismo. Le dio todos los sacramentos, hasta el de matrimonio. Cuando terminó la guerra en '45, mandaron primero a las esposas de los muchachos que se casaron por allá, y entre ellas vino la de Juanaquía a El Paso. Se llama Jackie Abdulaquí. Creo que era de las árabes de allí del Morroco. Y cuando la trajeron a ella aquí, fue precisamente en junio en '45. Se bajó en el depot y nosotros fuimos a recogerla. Y pues pudo darse ella cuenta de que mi hermana la esperaba y yo también. El caso es que la recogimos, y tan pronto como se paró en la puerta del depot (estaba haciendo mucho calor), dice:

--¿Pero cómo pueden vivir en este pueblo tan horrible?

No le gustó. En eso ya vino Juan, y siguió él con el ejército y se fueron a San Francisco. De San Francisco lo mandaron a él otra vez a Korea. De Korea vino aquí, lo mandaron por acá por el este el ejército. Ya en eso se volvió a San Francisco y terminó ya con el ejército y se quedó viviendo en California. En una de las épocas fue el gerente del American Optical

en Los Angeles, y ahora él tiene su laboratorio propio en Hollywood. Y ya sus hijitas se casaron. Y los papás de ella vinieron a verla y se quedaron aquí. Eran judíos. Y se establecieron en Hollywood y ya tienen su tienda muy grande. Estamos divididos entre El Paso y California.

M: ¿En esos tiempos, en 1913, '14, '15, Ud. estaba trabajando aquí en El Paso?

D: Empecé a trabajar en La Popular en 1917, el dos de mayo, hasta 1963. Cuarenta y cinco años.

M: ¿Trabajó 45 años en La Popular?

D: Sí.

M: ¿Qué hacía en La Popular? ¿Vendía?

D: Yo era lo que llaman saleslady, dependienta.

M: Tradicionalmente, viene mucha gente de México a hacer compras a La Popular, ¿verdad?

D: Pero, ¡cómo no! Válgame, sí.

M: ¿Ud. vendía mucha mercancía a la gente de México?

D: Oh, sí, cómo no. Yo estaba en el departamento de telas, y todo lo que significa para la recámara, ¿verdad? Las cobijas y cosas, artículos, para las recámaras. En eso trabajé yo mucho, y en las telas trabajé mucho. Me tocó hacer 80 inventarios, porque hacíamos dos veces al año. Así es que me tocó hacer 80 inventarios, y nunca salí mal. (Risita)

M: Fíjese nomás. A mí me han platicado que en esos tiempos, les pagaban menos a los mexicanos que a los americanos.

D: Sí. Había mucha discriminación en ese tiempo. Hubo una temporada en que pasaba la pobre gente humilde de Juárez, y hasta la bañaban en gasolina. Cuando estaba la tienda de Calisher, fue otra de las tiendas, era más grande que La Popular, la de Calisher. Y ese señor cometió un equívoco muy grande. Empezó por creer que todo mexicano que venía a su tienda

venía a robar. Pues si traían algún bulto, alguna canasta, o lo que trajeran en la mano, los hacía que lo dejaran fuera y los permitía entrar a comprar. Quebró. Y la casa de Calisher estaba donde era la Grant. No sé como se llama porque no he ido al centro. Hay una compañía nueva [ahora] en la contra esquina de La Popular. Era la tienda de Grant, y ahora no sé como se llama. Pues allí tenía Calisher su tienda. Y quemaron, tanto que pereció él y pereció un policía en el incendio. Era de tres pisos el edificio. Y lo mandó quemar. Y perecieron un policía; y no, él no, Mr. Calisher no pereció. Y entonces, viendo él que había cometido un error, quiso ver si se rehacía. Entonces rentó en donde está ahorita la Newberry, allí rentó, y le puso a la tienda Everybody, pero quebró. Ya no siguió.

M: ¿A Ud. en esos tiempos la trataban bien los patrones?

D: A mí siempre me han tratado bien, sí.

M: ¿Le pagaban a Ud. igual que a los americanos?

D: Sí. Nos pagaban muy poco. En ese tiempo, una de mis hermanas y yo empezamos, cuando mi papá pudo transpasar su propiedad minera, trabajábamos en donde está ahora la Texas, se llamaba El Globo. Los dueños eran unos señores Laskin. Y nos daban nomás un dólar al día. Trabajábamos por seis dólares a la semana. Y había veces que trabajábamos los sábados hasta la 1:00 de la mañana. Tenía mi papá que venir a recogernos. Ya después, duré yo como nueve meses allí con los Laskin. Entonces ya me fui a La Popular. Tenía una amiga que me quería mucho y ella trabajó siempre con La Popular, que fue cuando edificaron el edificio que está en el centro. Y me fui a trabajar con ella a La Popular. Y me pagaban \$9.00 dólares a la semana. Pronto me subieron a \$18.00 dólares, que en aquellos tiempos ya era el máximo en una tienda. En eso vino la Guerra Primera y luego la depresión, y nos bajaron a \$12.00 dólares a la semana. Pero había

gente que no tenía trabajo de ningún género. Se suicidaban. Y nosotros nos consideramos con suerte, ganando una de mis hermanas y yo, ese pequeño sueldo en La Popular. Nos ayudaba mucho. Ya mi papá estaba enfermo. Ya eso fue en 1929, cuando la persecución religiosa de México. Estaba Calles. La guerra grande fue en 1914; fue cuando estalló. Ya no volvimos a saber nada de nuestro México, de los revolucionarios de allá. Porque ya, pues estábamos acá, y estábamos pendientes de las cosas que estaban sucediendo pues entre Europa, la Guerra Mundial, la primera. Y en 1918 fue el Armisticio, y ya se quedaron algo en paz. ¿Quién se quedó aquí de Presidente? No me acuerdo.

M: No me acuerdo exactamente, pero Wilson estuvo de presidente por ahí en esos tiempos.

D: Pues ahorita no me acuerdo. Y ya nosotros ya empezamos a no preocuparnos por lo de nuestra nación. Ya nos asentamos aquí y aquí quisimos vivir. Y como en La Popular el Sr. Schwartz, don Adolfo, que fue fundador del negocio, era muy estricto, muy enérgico; pero a la vez, fue un señor muy conciente. Y como nos decía cuando entrábamos a trabajar:

--Aquí él que viene a trabajar, nunca se le quita su trabajo si sabe cumplir con su deber.

Y efectivamente, así fue. Habíamos como 700 empleados, que todos teníamos de 25 años para arriba. Todavía hasta la fecha, en octubre que celebran el aniversario de la fundación del establecimiento, nos invitan a un almuerzo a todos los retirados, aún los muchachos que están ahora. Porque estos que están ahora yo los conocí, les digo yo, que desde antes de que nacieran. Alberto [Schwartz] se ríe. Dice:

--¿Cómo que me conociste antes de que naciera?

Le digo:

--¡Pues ya estaba yo aquí cuando tú naciste!

M: Le quiero hacer unas preguntas acerca del año 1916. En ese año, en enero, mataron los villistas a 15 ingenieros americanos allá en Santa Isabel, Chihuahua. Entonces, según he leído en los periódicos, hubo aquí un tumulto. ¿Recuerda eso Ud.?

D: ¡Cómo que no! Que cuando quiso atacar Villa en Palomas acá, me acuerdo también que salimos de la tienda. Entonces estaba la casa de corte como no está ahora. Era un edificio muy diferente. Salí yo de la tienda, y ¿a mí? me ha gustado mucho rezar. Y fui a la Inmaculada Concepción a hacer una de mis oraciones. Y me acuerdo que cuando pasé para llegar a la iglesia por la casa de corte, tenían tirados en el suelo alambres por dondequiera, y teléfonos, y los soldados estaban todos armados. Y cuando llegué a la casa, le dije:

--Oiga papá, si viera que cosa tan rara.

Me dijo:

--No, no es nada de raro. Parece que Villa quiere atacar Columbus, y la fuerza americana está preparándose aquí.

Pues esa noche en el río pusieron puentes. Bueno, hicieron especie de simulacro de preparación de guerra aquí de este lado, porque Villa estaba queriendo atacar, o atacó esa noche Columbus. Y aquí estuvieron también batallando. Y en la noche así como a las dos de la mañana, empezaron a sonar los cañones de Fort Bliss, que hasta se sentía... temblaba la casa. Yo no sé si estaban haciendo experimentos porque no hubo ataques por aquí de ningún género. Todo era acá en Columbus por Villa. Pero pues no, ya ve que no le dio resultado, aunque hizo atrocidades en Columbus. Quemó edificios; horrores hizo Villa ahí en Columbus. Tremendo.

M: Eso fue en marzo del '16. Pero el día 13 de enero de 1916, fue cuando

mataron a esos ingenieros en Santa Isabel. Luego el día 14, aquí en El Paso, según los periódicos, hubo una trifulca. Los americanos querían vengarse por lo que les había pasado a los ingenieros. Y según los periódicos, como mil americanos marcharon de sus barrios hacia el barrio mexicano, queriendo vengarse. ¿Recuerda Ud. eso?

D: Sí. Pues entonces fue cuando le digo que oíamos sonar los cañones en Fort Bliss. Pero en ese año, entonces nombré el presidente (no me acuerdo quien era el presidente de aquí) al General Pershing con la punitiva que pasó a ver si cogían a Villa.

M: También en ese año hubo una quemazón en la cárcel donde murieron algunos mexicanos.

D: Creo que sí.

M: ¿Recuerda eso?

D: Algo, pero no muy bien.

M: Eso fue antes de que Villa atacara Colombus.

D: Creo que sí. Pero no me acuerdo de ese incidente bien. Algo, algo, pero no me acuerdo muy bien. Pero en esa época sí había mucha discriminación para nosotros los mexicanos.

M: ¿Ud. alguna vez sufrió discriminación?

D: No. Nunca.

M: ¿Qué es lo que veía Ud. de la discriminación?

D: La gente así trabajadora, humilde, como las que vienen ahora a limpiar las casas, era con los que hacían ellos todo eso. Con la gente de cierta clase social, pues consistía discriminación en que nos veían como más poca cosa que ellos, ¿verdad? Pero, nunca, nunca nos llegaron a lastimar, nunca. En cambio, con la gente pobre, sí.

M: ¿Qué hacían con la gente pobre?

D: No le digo que hasta las bañaban en gasolina.

M: ¿Las bañaban en gasolina?

D: Las bañaban en gasolina.

M: ¿Qué mas hacían con la gente pobre?

D: Pues, los veían con mucho desprecio. Y sin embargo, pues les daban trabajo. Pero por años y años, una discriminación tremenda. Cuando la guerra, en Amarillo, nos contaba un sobrino del Dr. Molinar y Rey que él fue a la guerra. Y que en una ocasión entró en Amarillo en un restaurán a comer, y lo hicieron que saliera porque era como lo hacían con los negros, porque era mexicano. El se disgustó mucho, y les dijo que él acababa de dar servicio al ejército. Pero creo que no le valió. Y luego también creo tuvieron sus dificultades. Pero no aquí, sino en Amarillo, Texas.

M: ¿Recuerda Ud. en 1918 la influenza española, cuando murió mucha gente?

D: Ah, sí. Si nosotros la tuvimos en la casa. Todos los días, enterraban especialmente soldados. Y pasaba la marcha fúnebre con el féretro a enterrar soldados y gente particular también. A nosotros nos llegó también, pero mi papá, mi madrastra y yo no la sufrimos, pero mis hermanas chicas sí. Y el doctor Molinar y Rey fue un muy buen médico, y a él era él que se le morían menos. Y le preguntaron los médicos que por qué él no daba parte de muchas muertes cuando la influenza española. Les dijo:

--En primer lugar, porque yo a un enfermo de esa naturaleza lo meto a su cama, le doy sus sudores, le doy las medicinas apropiadas y no los pongo en las corrientes ni los baño en agua fría, y naturalmente se alivian. Uds. los meten al agua fría, les abren todas las ventanas, viene una pulmonía terrible y se los lleva.

Y esa era la causa, la gran causa. Pos al Dr. Molinar no se le fueron casi nadie de los que se enfermaron; yo no, pero mis hermanas que estaban

chicas. Mi papá y mi madrastra y yo, no; no nos tocó. Pero en todas las familias hubo muchos muertos. Y hasta en nuestra tierra, en Cusiuhuiria-chic, hubo muchos muertos de la influenza española. En México se dieron mil casos. Aquí, pues todos los días. Hasta aprendimos, ya hasta cantábamos la marcha fúnebre. Todos los días se iba la marchita fúnebre tocando para enterrar cuatro o cinco o seis o más, especialmente soldados americanos. Les atacó terriblemente. Y a la gente americana también.

M: ¿Ud. en esos tiempos no iba a Cd. Juárez a divertirse?

D: No, no. No íbamos allá.

M: A bailes, a cosas así.

D: No, ya no. Dejamos de ir. Nosotros, hasta poquito después de la Revolución, hasta el General Trucio Hubert, pero todavía era el sistema de Porfirio Díaz, que era Don Felix Bárcenas el jefe político de Juárez, todavía bailamos en esa Aduana. Todavía bailamos en la Aduana, que no estaba como esta ahora. Estaba muy bonita. Y también vino poquito antes que Navarro el General Trucio Hubert a guarnecer la plaza de Juárez. Y cuando lo retiraron le dieron un baile allí en Juárez y asistimos todos. Muy bonito por cierto. Y yo creo que fue la última vez que yo fui a diversiones en Juárez. Ya después, ya no; nunca volvimos.

M: ¿Y aquí en El Paso?

D: Aquí en El Paso, pues, no mucho. Nosotros teníamos la costumbre...

Eramos cuatro hermanas de mi mamá. Yo la mayor, luego la que me sigue es como cuatro o cinco años menor que yo; aquí vive. Luego la otra que vive en California que tiene 20 años de estar artrítica, vive en California, era muy chiquita. Y la menor que es profesora en Cuauhtémoc, tiene la academia comercial en Cuauhtémoc, se llama Dolores Delgado viuda de Cuilti, acaba de enviudar hace poco. Y desde 1942 ha tenido su escuelita



particular. Fue aumentando, aumentando, y el gobierno la hizo incorporarse a las escuelas del gobierno. Y ahora ya tiene muchos años de estar viviendo en Cuauhtémoc, y ha enseñado a muchos muchachos y muchachas que han podido ganarse la vida por sí solos, gente precisamente que no tiene elementos para salir a colegios. Así es que ella abrió su escuelita y ha enseñado a muchos muchachos. Lástima que no tenga algo aquí para enseñarle. Cada año tiene sus 30, 40 y hasta 100 graduados. Y salen listos, pues, para trabajar en oficinas.

M: ¿Qué recuerda Ud. del tiempo de la ley seca?

D: Ah, también, ¿verdad? Pues teníamos un primo, Miguel Prado, que era borrachito consuetudinario. Tanto que me decía:

--Oye, mira, yo paso el puente y ni baranda toco.

Porque era muy curioso.

--Porque soy íntimo de todos los agentes de inmigración allí.

Sí, lo querían bien. Pues en una ocasión, un tal McClintock venía con contrabando de licor de Juárez para acá, y Miguel, sin conocerlo, ni saber que existía uno y otro, venía por la Avenida Juárez para pasar acá a El Paso. Pero venía caminando, venía a pie. Y el McClintock, ese lo recogió en su troca. Pues llegaron al puente y le descubrieron el contrabando. Y Miguel fue a dar a la cárcel junto con él. ¡Se imagina! Batallaron para sacarlo, como era natural. Dice:

--Pero si yo ni sé como se llama el individuo.

Ni el individuo sabía como se llamaba Miguel tampoco. Pues lo recogió para ayudarse, ¿verdad? A ver si pasaba más pronto y disimular un poco más el contrabando. Y no sé en qué forma lo traería. Pero creo que traía bastantes cajas de licor de Juárez para acá para El Paso. Pues allí lo cogieron, y a mi primo le tocó ir a dar a la cárcel junto con él. (Risa)

M: ¿No recuerda otras cosas así durante ese tiempo?

D: También me acuerdo, estaba yo en la casa donde estoy ahorita, de las madres de Jesus María. Estaba en la planta baja, y en seguida de mi cuarto había una viejita también, que era mi compañera de baño y cuarto. Y una noche me dijo:

--Oye, ¿qué no has oído tú los pasos de las dos de la mañana?

Le dije yo:

--¿Cómo? ¿Pasos?

--Sí.

La casa, entra Ud., es una sala así grande, y luego tiene una rampita así para caminar a la casa de atrás que la comunicaron después que ellas compraron. Y por medio de una rampita se comunica para el comedor y la casa grande, que está atrás. Y luego entre esa rampita, hay un pasillito que contiene tres cuartos de este lado y otros tres cuartos de este lado. El de este lado que da para la calle de la Nevada y El Paso, en el cuarto que está en la esquina no estaba ocupado, estaba solo. Y nosotros, la señora esa y yo, estábamos en el pasillito de aquí. Y me dice:

--¿Qué no has oído pasos?

Le dije:

--No, pues yo no he oído nada.

--Pues ahora verás. Quédate. Nomás no prendas luz.

Pues ya me entró un poquito de miedo. Efectivamente, a las dos de la mañana sintieron pasitos sigilosos. Le dijimos a una de las madres. Dijo:

--No, son cosas de la mente de ustedes. No hay nada.

Bueno. La siguiente noche seguimos la señora esa...seapellidaba ella Tully, creo. Seguimos esperando la hora en que venían los pasitos. Nos daba a nosotros /miedo, nuestras puertas cerradas. Le volvimos a decir varias veces a

la madre. Y luego nos dijo ella:

--Bueno, yo me voy a quedar aquí con ustedes. Verán como no es nada.

Pues se quedó con nosotros. A las dos de la mañana ahí vienen los pasitos.

Dijo:

--Oh, creo que sí hay algo. Pero ahora vamos a hacer una cosa.

Y pasó al cuarto ese que estaba vacío. Tenía las ventanas, una para la calle de El Paso y dos para la Nevada. Pues de regreso de los pasitos esos, abrió la madre repentinamente la puerta de mi cuarto y prendimos la luz. Era una alemana que vivía arriba y pasaba a hacer cuestión /de/ negocios de licor, porque fue en esa época. La cogieron. Le quitaron el cuarto, y no supimos ya más. Y en varias ocasiones y en varias casas se dieron esos casos, de personas que rentaban ya un cuarto o...

M: ¿Y allí guardaba el licor ella?

D: Nunca supimos. Yo ya no supe cómo, porque la madre ya se encargó de todo. Y a otro día le quitaron el cuarto. Y yo creo que ella recogía las botellas, se las llevaba a su cuarto, y lo vendía. Desde luego que lo vendía.

M: ¿Y salía todas las noches?

D: Todas las noches. Y la viejita esa ya tenía tiempo de estar oyéndola pasar, y no hallaba a quién decirle. Y esa noche dijo:

--Pues yo ya no voy a cubrir aquí más este secreto, porque yo me estoy poniendo muy nerviosa. Así es que te voy a decir lo que estoy oyendo.

Le dije:

--Pues vamos diciéndole a una de las madres.

Lo hicimos. Y la cogieron, que no fue duda. Y después nos dijo la madre:

--En muchos lugares ha estado sucediendo esto, no nomás aquí con nosotros.

Sí, había muchos.

M: ¿Cómo pasaron Uds. la Depresión que empezó el '29?

D: Mi papá, ya le digo a Ud., se enfermó precisamente en '29. Y mi hermana Adelina, que vive en California, ella era corsetera en La Popular. Y yo trabajaba también, las dos. Nos bajaron a \$12.00 dólares a la semana el sueldo y creímos que estábamos de suerte, porque había infinidad de personas que no tenían trabajo. Así es que así la pasamos. Eramos 14 en mi casa. La pasamos difícilmente.

Y luego a la vez se estalló la persecución religiosa también. Yo era de la asociación que había de la buena prensa. Yo también estaba entre las personas esas. Y el Profesor Cabello era un profesor de música. Quiso arreglar una fiesta para seguir teniendo la prensa y estar en contra del Calles, contra de la persecución religiosa, que se vinieron tantos obispos de México para acá--el Obispo Navarrete de acá de Sonora, aún el de Guatemala, el obispo de Guatemala también, vinieron a dar aquí. Tanto, que una noche se dio una fiesta en el Liberty Hall, y se llenó el escenario de púrpura--puros obispos y sacerdotes que se vinieron a refugiar aquí con la cuestión de la persecución religiosa. Y con ese motivo, para ayudar, el Profesor Cabello inició una fiesta en el Liberty Hall, y puso una escena, una opereta, que se llama "Molinos de Viento". Nos invitaron a todos los que más o menos podíamos servir de algo. Y todos los días, los muchachos que trabajaban en Juárez que ayudaban aquí al Profesor Cabello, se retiraban porque los amagaban. Se daban cuenta en Juárez y:

--Los encarcelamos o les quitamos el trabajo.

Resultado que no se podía dar la fiesta, porque todas las noches en los ensayos cambiaban de personal para la opereta. Entonces ya nos prestamos todas las muchachas que habíamos mayores aquí para ayudarles. Y los Perches Enríquez de Juárez, que fueron gente de muy buenos conocimientos musicales, también se prestaron. Y se dio la fiesta en el Liberty Hall. Bueno, asistió gente, que no había lugar ni para un alfiler, a esa fiesta teatral que era en contra del Calles, de la persecución religiosa. Tanto, que a los dos o tres días empezó a ceder. Y no me acuerdo como terminó eso, porque a Calles no lo mataron. ¿Quién lo sucedió entonces?

M: ¿Cárdenas?

D: Cárdenas.

M: Bueno, ya después. Después vino Rodríguez.

D: Sí, ya después. Cuando mataron al Padre Proh. Fue muy notable eso, tanto que tengo... ¿No le gustaría leer algo del Padre Proh de esa época?

M: Sí.

D: El fue una de las primeras víctimas.

M: ¿En dónde pasó eso?

D: En México.

M: En México. Bueno, ya va a terminar aquí la cinta, así es que lo voy a apagar entonces ya.

D: Sí, cómo no.